

La personalidad velada

María Abac-Klemm, formada en el Instituto Carl Gustav Jung de Zúrich en la época de James Hillman como director de estudios, que junto a Adolf Guggenbuhl-Craig y Rafael López-Pedraza formaron con él un pequeño triunvirato que sintetizaba los trasfondos judío, protestante y católico, intentó organizar la Psicología Analítica en México sin éxito, frente a la presión de un provincianismo pronorteamericano que hizo valer más la acomodación ante el poderoso que la profundización en el potente inconsciente colectivo mexicano y su soltura ante la muerte. Sin dejarse enredar en la superficialidad de la danza del complejo de poder, creó la Editorial Fata Morgana, que desde hace años facilita al lector en español la obra de algunos posjunguianos, de la primera época como B. Hannah y de la intermedia como el mismo Guggenbühl-Craig, Mario Jacoby o Hayao Kawai. Los psicólogos analíticos y demás interesados no podremos agradecerse lo suficientemente.

Con su libro, *La Dra. Abac-Klemm* intenta iluminar una problemática muy contemporánea, la de una atomización social que sume al individuo en la desorientación y el sobreesfuerzo: “nuestra época se caracteriza por la incapacidad del ser humano de integrar su soledad, por la frustración del ser solitario en medio de una masa de personas indiferentes a su soledad. Una época en la cual somos incapaces de soportar nuestras frustraciones, [...] de confusión entre reflejo y ente”. Tiempos basados en una pueril cultura de la imagen externa, idealizada, cuyas patologías específicas son el narcisismo y los trastornos alimentarios.

Tal cultivo de la máscara produce necesariamente una personalidad velada. Si bien es natural el proceso de velarse y desvelarse, tan importante en el ámbito erótico de la seducción y el encuentro, incluso en esa a veces necesaria hipocresía, tributo del vicio a la virtud, como reza el tópico, la presión social para vivir en la apariencia, en la ocultación y el disimulo alimenta la vergüenza y la culpa. Una vergüenza que tiene mucho de autoagresión y una culpa que las más de las veces se proyecta sobre el otro.

Abac-Klemm se ve obligada a indagar sobre la autoimagen, diferenciando entre imágenes corporal, natural e ideal. Si la imagen ideal está constituida de normas y valores sociales, provocando la identificación con ella una petrificación por su carácter de defensa ante la vida, la imagen corporal como *datum* biológico se instala en el otro extremo. Será la imagen natural, surgida de la dialéctica entre la imagen corporal y el cuerpo psíquico, ligada a la reflexión y, en cuanto resultado de una dialéctica, mutable, la que permite acceder a la imagen del sí-mismo en su despliegue biográfico.

En su investigación, la autora opone la sensación, como función de realidad que establecería una cierta objetividad, a la sensualidad, entendida en los términos de G. Bachelard, que establece una vinculación entre el yo y el mundo, atendiendo a las correspondencias que ligan entre sí mediante el sentido las cosas de ese mundo. Así, los sentidos del sujeto no se quedan en la mera apercepción sino que establecen un sentido que suele estar asociado al instinto, como revela la primerísima relación con el exterior del recién nacido.

Con estos mimbres, María A.-K. atiende a la patología epocal indicada, apoyándose en una lectura original del mito de Narciso y del cuento de Blancanieves. De Narciso señala su clara oposición a Afrodita, debido a esa antisensualidad que surge de la confusión entre el ser real y el reflejado y que hace inalcanzable a Narciso, inmune al amor del otro. Respecto a Blancanieves, estudia la función de la “tríada femenina” (Blancanieves, su madre y su madrastra) y el “trígono masculino” (el espejo mágico, el cazador y los enanos), como fundamento arquetipal de los trastornos alimentarios, de los cuales la autora subraya su conexión con el ideal materno y el proceso de literalización del cuerpo psíquico, fijado en un ideal de muerte.

Sin embargo, como psicoterapeuta, M. Abac-Klemm sabe reconocer en esta sintomatología, y las intensas emociones de envidia y celos que vehiculan, el ímpetu del sí-mismo por despertar y desvelarse ante sí y el mundo: “he observado en muchas personas de personalidad velada con rasgos narcisistas, que son los errores, lo casual, lo accidental, lo torpe en ellas, lo que hace posible su despertar y su desvelamiento”

Enrique Galán Santamaría